

Cuento para trabajar la igualdad de oportunidades en ambos géneros

Martina la mecánico

Martina siempre soñó con ser mecánico de coches. Le encantaba mirar dentro del capó del coche de sus padres y ver como todas las piezas que había en su interior funcionaban al mismo tiempo haciendo que el vehículo pudiese moverse.

Cuando a Martina le preguntaban qué quería ser de mayor, no lo dudaba ni un momento:

- ¡Quiero ser mecánico de coches! decía entusiasmada.

Los niños, niñas y adultos a los que se lo contaba se reían de ella y solían decir que era un trabajo de chicos... ella, no entendía muy bien por qué. Siempre creyó que tanto las niñas como los niños, podían hacer el mismo trabajo sin problemas.

Cuando Martina se hizo mayor, seguía con el sueño de ser mecánico de coches y un profesor le dijo ¿por qué no? En ese instante, Martina comprendió que daba igual lo que el resto de personas pensaran, ella sería mecánico de coches costase lo que costase.

Cuando cumplió dieciocho años, cogió papel y bolígrafo y empezó a ir a clases para ser mecánico profesional. Al principio, los profesores y los compañeros la miraban extrañados, porque entre los alumnos no había ninguna chica.

Martina aprendía muy rápido, estaba deseando arreglar coches y, antes de que se diera cuenta, estaba trabajando en un taller mecánico, metiendo sus propias manos en el capó de los coches, reparando motores y haciendo un sinfín de tareas con las que siempre soñó.

Se acordaba mucho de las personas que se reían cuando contaba que quería dedicarse a la mecánica de coches y seguía sin comprender por qué había gente que pensaba que una chica no podía hacer el mismo trabajo que un chico de igual modo, e incluso pensaba que esas personas se equivocaban al pensar que otras profesiones eran “de chicas”. Si un niño quiere ser enfermero, florista... debería serlo; si una niña quiere ser piloto, mecánico o cualquier otra cosa, no hay nada ni nadie que tenga que impedírselo,

sostenía siempre Martina.

Durante unos años, Martina acudía a los colegios a explicar a los alumnos y alumnas a qué se dedicaba. Todos atendían con atención y le hacían un montón de preguntas, ni siquiera les sorprendía que fuese mujer y trabajase arreglando coches (eso debía ser sólo cosa de adultos, porque los niños lo tomaban del modo más natural que puede haber).

Cuando Martina tuvo ochenta años y ya estaba viejecita, decidió visitar su antiguo Centro de Formación en el que aprendió su profesión y se alegró mucho, al comprobar que en los pupitres, ahora había tantos chicos como chicas. Al fin, habían comprendido que no importa lo que las personas digan que es de chicos o de chicas, sino que hay que hacer todo con amor y con pasión y que tener vulva o pene no tiene relación alguna con no poder hacer lo que uno desea.